

hace más reflexivo, con mayor claridad el espíritu percibe este desacuerdo. De aquí resulta un compromiso. El segundo yo, concebido primitivamente bajo una forma tan material como la del primero, va volviéndose cada vez menos material: unas veces semi-sólido, otras aéreo, otras etéreo. En este estado, ya no se le atribuye ninguna de las propiedades que son para nosotros la señal de la existencia; no falta más que afirmar la realidad de un ser completamente indefinido.

IDEAS DE OTRA VIDA

La creencia en la reanimación supone la creencia en una vida subsiguiente. El hombre primitivo, incapaz de reflexionar, faltado de un idioma que le permita pensar con reflexión, concibió esta vida como pudo. De aquí el caos de ideas que se ha forjado con referencia al estado individual después de la muerte. En las tribus que opinan que la muerte es el aniquilamiento, encontramos no obstante creencias incompatibles con aquella, por ejemplo, en ciertos pueblos del África que Schweinfurth ha visitado, procuran no encontrar ciertas cavernas por creer que allí están muertos los espíritus malignos de todos los fugitivos.

Puesto que las ideas de una vida futura son incoherentes necesariamente al primer momento, es preciso que aclaremos los puntos principales, y que indagemos los estados por que han pasado para llegar al de la más grande coherencia. En un principio la creencia es limitada y parcial. Acabamos de ver que ciertos pueblos creían que la resurrección depende del tratamiento que los cuerpos han sufrido, y que la destrucción de los cuerpos produce el aniquilamiento del individuo: que otros creían además que una vez comenzada la segunda vida puede acabar violentamente, esto es, que puede suceder que el duplicado del muerto sea muerto otra vez en lucha, ó que perezca en el camino que conduce á la tierra de los muertos, ó que los dioses lo devoren. En ciertos casos, las ideas de casta proporcionan aun una restricción á la creencia: en las Islas Tongas se supone que solamente los jefes tienen alma. Entonces se dice que la resurrección depende de la conducta y de los resultados que pueden alcanzarse. Ciertos pueblos creen que la segunda vida es el precio de la bravura; los Comanches, por ejemplo, hacen de ello el privilegio de los bravos, de los que demuestran audacia para arrancar cabelleras, ó en robar caballos. Por lo con-

trario, según dice Brinton, una tribu dulce y pacífica de Guatemala, estaba persuadida de que toda muerte que no fuera natural hacía desconfiar de una vida futura, y por consiguiente, abandonaban los cuerpos de los individuos muertos á las bestias y á los buitres. Añadamos aun que la segunda vida depende del buen deseo de los dioses, como se vé en los antiguos Arianos, por ejemplo, que en sus oraciones pedían otra vida y ofrecían por ella sacrificios. En fin, en ciertos casos, se encuentra una creencia implícita de que la segunda vida concluye después de algún tiempo por causa de una segunda muerte definitiva.

Antes de estudiar la concepción primitiva de la vida futura, examinemos este último carácter y su duración.

Entre los hechos que sugieren la idea de otra vida, hay uno que sugiere un límite á la presente, á saber: la aparición de los muertos en los sueños. Sir John Lubbock, es á mi entender el primero que la ha indicado. Evidentemente las personas muertas que se dan á conocer durante los sueños, han de ser personas que ya eran conocidas en vida de los que las sueñan; por consiguiente, las personas muertas desde hace mucho tiempo, dejan de aparecer en sueños, de donde resulta que no existen para nadie, como por ejemplo los salvajes Mangnjas, que basan expresamente su creencia en una vida futura en el hecho de experiencia que sus amigos los visitan durante su sueño, concluyendo de ello naturalmente que, cuando sus amigos dejan de visitarlos durante su sueño, es que han dejado de existir. De donde el contraste que sir John Lubbock cuenta tomándolo de Chaila. Preguntad á un negro, dice éste, «dónde está el espíritu de su bisabuelo, no le conozco,» contesta, «ya no existe.» Habladle del espíritu de su padre ó de su hermano fallecido recientemente, «y vereis como se sobrecoge de terror.» Y como más adelante lo veremos, al tratar otra cuestión, los hechos que los sueños nos presentan, establecen en el espíritu de los Amazulus una distinción no menos profunda entre las almas de las gentes muertas recientemente y las de las gentes muertas hace ya mucho tiempo: éstas, según entienden, han muerto para siempre.

Como la noción de una vida de ultratumba temporal se transforma, al desenvolverse en la idea de una vida de ultratumba perpétua, es cosa que no ha de ocuparnos. Por de pronto, nos basta hacer sentir que por grados se llega á tal noción.

¿Cuál es el carácter de esta otra vida de ultratumba á la que ya se cree de

una manera vaga formándose de ella ideas variables, y que uno se representa ora como temporal, ora como eterna?

Los ritos fúnebres que implican estas creencias y de las que hemos hablado últimamente, implican que la vida que sigue á la muerte no difiere en nada de aquella; las necesidades y las ocupaciones de los hombres son las mismas. Los Chinuks afirman que, cuando viene la noche, los muertos «despiertan y salen en busca de que comer.» Sin duda es en virtud de esa misma creencia en la necesidad á que están sujetos los muertos á satisfacer sus necesidades materiales, que admiten los Comanchos «que los muertos tienen tiempo para visitar la tierra de noche, pero que están obligados á volver á sus tumbas al venir el nuevo día:» superstición que nos recuerda una creencia que estaba en boga en otros tiempos en Europa. Estamos, pues, autorizados para pensar que las tribus de la América del Sud conciben la segunda vida como una continuacion ininterrumpida de la primera que se produce exactamente, por cuanto la muerte no es, al decir de los Indios del Yucatan, otra cosa más que «uno de los accidentes de la vida.» Así, pues, no tiene nada de extraño lo que cuenta Southey de los Tupis, á saber, que entierran las personas muertas en la casa «sentadas y con los alimentos delante, pues había quien creía que el espíritu de los muertos iba á divertirse por las montañas volviendo luego á casa para comer y descansar.»

Aun en los pueblos que piensan que la vida futura está separada de la presente por una demarcacion más profunda, se vé sin embargo que las diferencias que la distinguen son muy poca cosa. Se puede decir de todos lo que se dice de los Fijjenses. Esto es, que «después de la muerte plantan, viven en familia y combaten como lo hacen las demás gentes del mundo.» Notemos el general acuerdo que existe sobre ese punto.

Las provisiones alimenticias sobre las cuales se cuenta para alimentarse en la otra vida, son diferentes de aquellas á que estamos habituados en ésta. Los Innuits se prometen celebrar festines con carne de reñífero. Después de su muerte, los Criks marchan en lugares «donde la caza es muy abundante, los comestibles baratos, y donde el grano madura todo el año, y donde las fuentes de agua pura manan sin secarse jamás.» Los Comanchos sueñan con bisontes abundantes y gordos; los Patagones esperan «gozar de la felicidad de una borrachera perpétua.» La idea no difiere sino en razon de lo que difieren los alimentos. La gente de las Nuevas Hebridas cree que, en la vida futura, «los cocos y el fruto del árbol de pan serán de la mejor cualidad, y de tal manera

abundantes que no se agotaran jamás.» Arriaga cuenta que los Peruanos «no conocian, ni en esta vida ni en la otra, mayor dicha que tener una buena hacienda que les diera de comer y de beber con abundancia.» En fin, los pueblos tienen igualmente creencias que están en relacion con sus costumbres: los Todas creen que después de su muerte, sus búfalos irán á juntarse con ellos, para darles la misma leche que antes.

Dicho se está, pues, que cuando se tiene la misma alimentacion y las mismas bebidas, las ocupaciones han de ser las mismas. Los Tasmanienses esperaban «entregarse á la caza con un ardor infatigable y un éxito seguro.» Entre los Indios norte-americanos, los Dacotahs no se limitan á matar caza en sus «bienaventurados vedados,» sino que se vanaglorian «de hacer, desde la otra vida, la guerra á sus enemigos.» Y no hay más que recordar que los Scandinavos esperaban pasar su vida futura en festines y combates que se renovarían sin cesar, para ver que esas ideas reinaban en pueblos de diferentes razas y estancias. Ya veremos hasta qué punto llegaba la fuerza de esas ideas, recordando las prácticas á que daban lugar.

Las narraciones de viajes han familiarizado á todos nuestros lectores con la costumbre de enterrar los bienes muebles de un individuo con él. Costumbre que se perfecciona á medida que el desenvolvimiento social atraviesa sus primeras etapas. Hé aquí á continuacion algunos ejemplos de esas costumbres, á las que añadiremos algunas observaciones.

El salvaje una vez muerto, continuará por esto cazando y combatiendo, por tanto estará armado. De aquí un depósito de armas y de instrumentos junto á su cadáver. Entre los Tonguses se colocan armas y otros objetos «sobre la tumba, para que el muerto las tenga á mano para servirse de ellas en el momento de despertar de un estado de reposo que considera temporal.» Por ese motivo, expreso ó no, los Kalmukos hacen la misma cosa; y otro tanto hacen los Iroqueses, Esquimales, Araucanos, los negros del interior, los Nagas, y muchas otras razas salvajes y semi-salvajes, demasiado numerosas para ser citadas en detalle. Las hay que llegan hasta el extremo de reconocer las necesidades de las mujeres y de los niños, por cuya razon entierran con ellos los útiles domésticos y los juguetes.

Claro está que el otro yo que se ha marchado tendrá tambien necesidad de vestidos. Es por esto que los Abipones «cuelgan un traje completo de un árbol cerca de la tumba, á fin de que el muerto pueda vestírselo cuando quiera salir de la misma.» Es aun por esta razon que los habitantes de Dahomey entierran

con el muerto, entre otros objetos, «vestidos de recambio que deberá vestir cuando llegue á la tierra de los muertos.» La costumbre de dar á los muertos objetos de vestir, algunas veces sus más hermosos trajes, de que se les reviste en el momento mismo de enterrarlos, otras vestidos que cada año se depositan sobre sus huesos, por ejemplo entre los Patagones, llega hasta el extremo de colocar á su lado sus joyas y objetos preciosos. Con frecuencia vemos, de una manera general, que se entierra con el muerto «lo que él poseía,» eso para entre los Samoyedos, los Australienses occidentales, los Damaras, los negros del interior, y los indígenas de Nueva Zelanda. Con el muerto, entierran los Patagones «todo lo que él poseía;» los Nagas «entierran todos sus muebles,» los pueblos de la Guyana «los principales tesoros que poseían en vida;» los Papuas de Nueva Guinea «sus armas y sus ornamentos.» En el Perú se enterraba con el Inca «su vajilla de plata y sus joyas;» en el antiguo Méjico, «los trajes y las piedras preciosas del difunto;» los Chibchas «su oro, sus esmeraldas y demás tesoros.» El cuerpo de la última reina de Madagascar fué envuelto con más de quinientas lambas de seda, cuyas vueltas encerraron veinte relojes de oro, cien cadenas del mismo metal, anillos, broches, brazaletes y otros objetos de joyería, y también cien monedas de oro.» Y Burton dice que entre los antiguos Calabares se construye una habitación junto á la orilla para depositar en ella «todo lo que el muerto poseía,» y que entre otras cosas se lleva allí una cama, «para que el espíritu no tenga que descansar en el suelo.» A veces sucede que las disposiciones que se toman para la vida futura de los muertos, se llevan tan lejos, que son objeto de graves daños para los vivos. Así, hay razas en Costa de Oro, según cuenta Beecham, «que los funerales arruinan absolutamente á una familia pobre.» Low nos cuenta que los Dayaks, además de lo que pertenece al muerto, «entierran con él grandes cantidades de dinero y otros objetos preciosos;» de modo que un padre que tenga la desgracia de perder muchos miembros de su familia, se encuentra reducido á la pobreza. En fin, en ciertas sociedades americanas que ya han desaparecido, no se dejaba á la viuda y á los hijos más que una sola cosa, las tierras del muerto, por cuanto no se podían enterrarlos dentro su tumba.

Llevando los pueblos incivilizados su concepción de la vida futura como una repetición de la presente hasta su último límite, han concluido de una vida que entienden solo suspendida momentáneamente, que el difunto tendría necesidad no solo de los objetos inanimados que poseía, si que también de los animados. De aquí el uso de dar muerte á todos los seres vivientes de su propiedad. Junto con un jefe Kirghice entierran «sus caballos favoritos;» lo mismo sucede para

los Yukutas, los Comanches, los Patagones; con el Borghu se entierra su caballo y su perro, con el Beduino su camello, con el Damara su ganado, con el Toda «sus rebaños enteros;» y ya al Vateen, cuando está próximo á morir, se principia por atarle á los puños sus cerdos con una cuerda, y luego se les da muerte. Claro está que los cráneos de animales que tan á menudo se encuentran colocados alrededor de una tumba, demuestran el número de ellos que los muertos se llevaron consigo para utilizarlos en su segunda vida. Cuando la raza se entrega aquí á la vida agrícola en lugar de la vida pastoral ó cazadora, la misma idea da lugar á usos análogos. Ischudi nos dice que en el Perú «se deja al lado del muerto un pequeño cesto conteniendo cocos, maíz, quinina, etc., para que tenga con que sembrar los campos en el otro mundo.

En su desenvolvimiento lógico, implica la creencia primitiva algo más, á saber, que el muerto no solo tiene necesidad de sus armas y de sus útiles, de sus trajes, adornos y otros objetos mobiliarios, y también de sus animales domésticos, sino que todavía tiene necesidad de compañeros humanos y de sus servicios. Por cuanto ha de conservar después de su muerte el séquito que tenía durante su vida.

De aquí esas inmoluciones más ó ménos numerosas cuyo uso ha existido y existe todavía en tantos puntos, como por ejemplo sacrificios de viudas, esclavos, amigos. Todo esto es sobrado conocido para que haya necesidad de ilustrarlo. Así me limitaré á hacer notar que ese uso se desenvuelve á medida que la sociedad recorre los primeros periodos de la civilización, y que la teoría de la otra vida se define con mayor precisión.

Entre los Fuegienses, Andamanos, Australienses y Tasmanios, cuya organización social es solo rudimentaria, el sacrificio de las mujeres, como consecuencia de la muerte de su marido, no ha de ser una costumbre general, ya que los viajeros no la mencionan. Pero en cambio la encontramos en pueblos mucho más adelantados: en la Polinesia, en los naturales de Nueva Caledonia, en los Fijianos, y algunas veces entre los más civilizados de los Tonganos; en América, entre los Chinuks, Caribes y Dacotahs; en África, entre los pueblos del Congo, los negros del interior y los negros de la costa, está también muy extendida en el Dahomanos.

Los Caribes, Dacotahs, y Chinuks, sacrifican á los prisioneros de guerra para el muerto, cuyos funerales celebran las gentes que le acompañan; y sin enumerar los pueblos salvajes y semi-salvajes que hacen lo mismo, me limitaré á citar la sobrevivencia de ese uso entre los Griegos homéricos, que degollaron, bien que